

Centenario del colegio de La Salle San Ildefonso

AGUSTÍN GUIMERÁ RAVINA En los días pasados el colegio convocó a todos los antiguos alumnos y profesores para conmemorar el centenario de la fundación de La Salle en Santa Cruz. Fue un momento emocionante poder saludar a nuestros profesores que, pese al tiempo transcurrido, seguíamos mirando con los ojos de la infancia y la adolescencia. En la nueva capilla del colegio se conservan todavía las imágenes de San Juan Bautista y San Ildefonso pertenecientes a nuestra época, allá por los años cincuenta y sesenta. "Y al punto sobreviene el desfallecimiento de la distancia, la alegría de recobrar aquel tiempo perdido y casi abolido...", en palabras de Cesare Pavese, el gran escritor de Turín. El lugar me recordó aquellas solemnes –y aburridas, todo hay que decirlo– exposiciones del Santísimo Sacramento, envueltas en nubes de incienso y coros en latín. Todavía puedo cantar de memoria el *Tantum ergo*, varias décadas después. Pero los vientos reformistas sacudieron pronto los cimientos de la iglesia católica con el Concilio Vaticano II y su concepción más abierta del compromiso cristiano modificó nuestra visión del mundo, ayudando también a transformar el colegio.

Constituyó todo un placer abrazar ahora a los hermanos que todavía permanecen entre nosotros: Rafael, el maestro sublime de música; Augusto, el prefecto por excelencia y gran jugador de fútbol; Luis, el director que trajo los aires modernos de la pedagogía y la psicología al colegio... Los antiguos docentes seculares me miraban con afecto: el "Tomatito" –¿cómo diablos se llama de verdad?– y Miguel Melián, nuestros expertos en ciencias exactas; Jean Dekany, maestro de francés, con su perenne sonrisa volteriana; Isaac Jiménez, instructor deportivo; José Arturo Navarro, animador de los estudios canarios, a quien debo mi profesión de historiador; y Eligio Hernández, nuestro profesor de sociología en el curso preuniversitario.

Fueron más de diez años conviviendo en esas aulas de San Ildefonso, forjando amistades que han permanecido incólumes hasta nuestros días. Allí hicimos de todo: fútbol, baloncesto, boliches, "partidas de chapas", cine, teatro y música con Lalo Bastardi, coros polifónicos con el hermano Rafael o el sabio Manuel Borguñó, festivales gimnásticos en el campo del CD Tenerife, excursiones a Las Mercedes o la Esperanza, cineforum, dramaturgia moderna, ... Junto a las clases de latín y griego del hermano Félix, o las difíciles matemáticas del hermano Alfredo, el colegio nos abrió las puertas a un mundo de arte y sensibilidad, nos animó al esfuerzo deportivo.

Los tiempos han cambiado. Ciertos valores caducos han fenecido y el colegio de San Ildefonso está abierto a las nuevas tecnologías, a una enseñanza más abierta y cosmopolita. Pero el sábado se impregnó de recuerdos, de nostalgias de unos años que no volverán. Siguiendo a Pavese, a veces he sentido la tentación de efectuar una hipérbole en el espacio/tiempo –Einstein "dixit"– y aterrizar en la clase de párvulos, dejando atónito al hermano Julio con estas palabras "¡Aquí estoy! ¡He vuelto!". Pero es sólo una quimera. Hasta yo mismo he cambiado. No soy aquel niño que tenía delante toda una vida por explorar. Algunas máximas docentes de aquellos años han sido superadas afortunadamente. Pero, a la hora del balance, vive una palabra en mi corazón, en muchos de nosotros: gratitud.